

Nuestro joven poeta no se ha planteado, es claro, tan hondamente el difícil problema como el genial novelista inglés. Ha cambiado ingenuamente el ardor, el ímpetu y la herida de los hombres de su clase por unas cuantas galas retóricas ya gastadas por el uso y abuso que de ellas hicieron los poetas de la generación anterior. Y es una lástima, porque Pedroni lleva en sí un don superior al de la erudición que pueden prestarle los libros divinos o profanos. (Anacreonte, Horacio, César, Lucrecio, Epicuro, Luciano, Homero, son meros nombres que en sus versos no dicen más que los otros que le hemos citado).

El poeta genuino que hay en Pedroni haría bien desliteraturizarse de una vez por todas y fiar más en los poemas que en las palabras. Desgraciadamente, en este libro sobran las últimas y no abundan los primeros. Y es que Pedroni parte, como hicimos notar al comienzo, de un concepto erróneo. Y todo escritor que huye de la vida y principalmente de la organización de la vida humana, cae sin querer en la retórica.

José Pedroni tiene bastante talento como para salvar este escollo que ha malogrado a otros poetas bien dotados en un narcisismo doméstico. Es una triste paradoja insistir en ser un niño cuando se es ya un hombre. No se han portado ciertamente como niños los verdaderos poetas de los tiempos modernos, desde Dante hasta Heine.—ENRIQUE ESPINOZA.



*Queguay, el niño indio.* (Un cuento para niños. Ilustraciones en madera de Guillermo C. Rodríguez). MONTIEL BALLESTEROS.

A la ya copiosa y aplaudida labor del gran prosista uruguayo hay que sumar este cuento para niños, como él califica, con modestia sin alardes, su obra reciente.

«Queguay» (1) es el poema de un niño que deja su envol-

---

(1) Lacaño Hnos., editores, Montevideo, 1935.

tura humana y logra ser admitido en el reino de los animales, de las plantas, de las hierbas y del agua.

El autor, con una fantasía y un sentido poético extraordinario, anima ese pequeño mundo de seres y cosas, y nos hace conocer la sagrada «Ley del Campo» que rige esas vidas humildes.

Nos habla así del agua:

«El agua es algo maravilloso!

Nosotros la percibimos como una materia líquida: incolora, gris, parda, azul, rojiza, según copie o refleje el cielo, la tierra, el bosque, y que corra más o menos ágil o tarda.

No es sólo eso.

El agua está formada por innumerables, por miríadas de transparentes criaturas desnudas, que pasan riendo, danzando y cantando con sus voces de música».

Entre la no escasa literatura infantil que conocemos, nada hay que pueda compararse a este poema bellísimo del escritor uruguayo. Estilo diáfano, canción a veces, tiene la sugerencia novedosa que para toda obra de arte pedía el crítico inglés.

De un criollismo universal—no tiene otro arraigo con la tierra uruguaya que el nombre de sus plantas, de sus pájaros y de sus bestias—habría que remontarse hasta Jules Renard para encontrarle un parangón de su valía.

Libro que conservará su encanto traducido a cualquier idioma, le espera, seguramente, una acogida no común en los países de América.

A la altura de las «Fábulas» del mismo autor, que el Gobierno oriental adoptara como libro de lectura para los colegios de primera enseñanza, no creemos que sea exclusivamente un libro para niños. «Queguay» sería una obra definitiva en cualquier país civilizado.

Es bien sensible que libros como este de Montiel Ballesteros no tengan circulación en Chile. Se hace indispensable que alguien inicie el intercambio de editoriales; o los gobiernos, por

intermedio de sus cónsules en ocio permanente, o las editoriales mismas. Es algo que no puede retardarse.—C. P. S.



*Del 1 al 6.*—ENRIQUE AMORIM.—Editado por la «Impresora Uruguay, S. A.», de Montevideo, en 1932, sólo ahora llega a Chile este libro de cuentos del conocido poeta y prosista uruguayo.

Se justifica así una vez más nuestra insistente voz de alarma ante el desconocimiento perfecto y mutuo en que viven intelectualmente los países de América. La obra—en muchas ocasiones mediocre—de cualquier escritor europeo es traducida y publicada en Argentina y Chile—claro que sin pagar derechos—apenas aparecida en su idioma original. y desconocemos, en cambio, a los grandes escritores que tiene la América de hoy.

Todo lo dicho es a propósito de «1 al 6» que leemos con dos años de retraso.

Por sus «Visitas al cielo» conocíamos al poeta auténtico que es Enrique Amorim. Estos seis cuentos que forman su último libro nos hablan de un prosista fogueado, dueño y señor de su estilo, que aborda y desarrolla con gran talento temas originalísimos, lejos del criollismo que seduce a tantos y que ha dado gloria a tan pocos.

«Aquel hombre» y «El Club de los descifradores de retratos» son cuentos perfectos, hechos a base de pura imaginación, y cuyo desarrollo podría situarse en cualquier rincón de la tierra. No nos extrañaría verlos mañana en la página de honor, y con ilustraciones portentosas, de cualquier magazine yanqui.

Viajero incansable a través del mundo, parece que Enrique Amorim ha plantado su tienda en «Las Nubes», bello retiro campestre en el departamento de Salto, de la República Oriental. Su vida en sosiego nos hace esperar de su fino espíritu la obra en plena madurez que nos dé la emoción del largo camino hecho.—C. P. S.